

derecho, no sería sino una mera manifestación de la función judicial. Hasta aquí de acuerdo. Ahora se trata de delimitar con precisión el alcance de la función judicial para que ésta no invada terrenos que una democracia consolidada no puede convertir en cotos privados de los jueces. Todo un reto.

Rafael Domingo

David KENNEDY, *The Rights of Spring: A Memoir of Innocence Abroad*, Princeton University Press, Princeton, Oxford, 2009, 118 pp.

Autor ingenioso y extrañamente cautivador, David Kennedy es actualmente uno de los más influyentes juristas internacionalistas de los Estados Unidos. Su amplia experiencia en el mundo del Derecho internacional, tanto dentro como fuera del ámbito académico, le dan a su obra escrita la riqueza y espontaneidad que sólo pueden venir de la propia vivencia de los problemas, sin perder lo sugerente y agudo de la reflexión teórica y su capacidad de enmarcar y dar sentido a lo que sucede. No extraña, pues, que recientemente la Universidad de Brown, tras nombrarlo vicerrector para Asuntos Internacionales y University Professor, le haya concedido la prestigiosa cátedra de Derecho y Relaciones Internacionales que lleva el nombre de David y Marianna Fisher; ni que la Facultad de Derecho de Harvard, donde ha sido profesor desde 1981, no haya escatimado esfuerzos para mantenerlo en su claustro, como profesor visitante y director del Centro de Estudios Europeos. Kennedy es el fundador del proyecto *New Approaches to International Law*, y miembro activo del movimiento de *Critical Legal Studies*, desde el cual se ha destacado por su aproximación multidisciplinar –histórica, sociológica y económica– a los asuntos de gobernabilidad internacional, derechos humanos, políticas de desarrollo y la formación global de políticas económicas. En calidad de consultor y también de abogado ejerciente, Kennedy ha participado en numerosos proyectos internacionales, tanto en el ámbito público como en el comercial, en las Naciones Unidas, la Comisión Europea y el *Council on Foreign Relations*.

A pesar de su extraordinario currículum académico y profesional, en su reciente libro, *The Rights of Spring*, Kennedy se aparta notablemente del género erudito del profesor y del estilo analítico y urgente del consultor, y me atrevo a decir que con éxito. En esta pequeña obra de apenas más de cien páginas, recientemente publicada por Princeton University Press, nos presenta sus reflexiones personales acerca de su propia experiencia en el mundo del activismo humanitario internacional en los años ochenta, cuando el movimiento se encontraba aún en pañales. Sin embargo, sin perder lo mejor de su vocación intelectual, aprovecha la oportunidad para ofrecer un inteligente análisis de la situación pasada y actual del movimiento humanitario internacional. Escrito con un estilo casi literario, el libro combina con

brillantez la magnitud personal de la experiencia con el carácter, historia, errores y aciertos del activismo internacional por los derechos humanos.

El diagnóstico que propone, si bien ligeramente oculto por su prosa espontánea y autobiográfica, es mucho más sutil y mucho menos pragmático del que se esperaría de un dictamen jurídico o una propuesta de consultoría. En el fondo, se trata de responder a la insistente pregunta que acosa al régimen internacional de activismo humanitario: ¿esto en realidad sirve de algo? En medio del crecimiento exponencial de la burocracia internacional alrededor de los derechos humanos, Kennedy se pregunta si, a pesar de todo el poder e influencia de las organizaciones humanitarias, no han sabido responder aún a las dudas y ambigüedades que se vivieron ya desde los albores del movimiento. La cuestión, afirma, es la disyuntiva entre saber acercarse para ayudar a las víctimas de abusos, y al mismo tiempo dar a los activistas la seguridad desprendida de saberse “distintos” de los que sufren. En efecto, frente una víctima de tortura, es difícil saber cuándo terminan la propia personalidad y el propio sentido de la justicia para pasar al papel del “abogado de Boston” que viene a “hacer algo” con eficacia y profesionalidad. O, en términos más íntimos: “*how far might I empathize with the prison doctor before denying my sense of injustice?*” (p. 12).

El libro se enmarca en la historia del viaje que Kennedy y dos amigos, un médico y un escritor, hicieron al Uruguay en 1985, para visitar a unos prisioneros políticos del régimen militar. La primera página cuenta de Ana Rivera, la presa principal de la historia, a la que el trío de activistas visitaron en una prisión en las afueras de Montevideo.

Tomando del título de uno de sus más célebres libros, Kennedy dedica el primer capítulo a introducir al lector en el interesante tema de lo que él llama “*the dark side of virtue*”, y el daño que se produce cuando al amparo de una autojustificación moralista, el movimiento humanitario ha sido casi inmune a una crítica moral seria. El hecho de ser un ex activista da autoridad a Kennedy para formular esta crítica sin ser atacado de ser “antiderechos humanos”, si bien él mismo tiene cuidado de no adoptar la postura imperial de quien, como las organizaciones internacionales desde sus rascacielos neoyorquinos, se dedican a “*name and shame*” a los malos. Así, Kennedy va descubriendo con claridad para qué ha escrito el libro: contar, por medio de sus experiencias en los comienzos del movimiento humanitario, cómo ésta ha ido evolucionando, pero sobre todo los errores que se cometieron y se siguen cometiendo, y que aún no parecen tener salida.

En los siguientes capítulos, Kennedy va desempaquetando los diversos temas y dudas del activismo de derechos humanos al compás de su visita al Uruguay. En primer lugar, habla de la incertidumbre sobre lo que él llama el *standing*, ¿qué legitimación tienen unos activistas para presentarse en cualquier parte del mundo a reunirse con prisioneros, burócratas y jueces, a acusar a gobiernos legítimos, a interferir en Estados soberanos? El problema, en el fondo, es el estigma de todo obseso de lo “políticamente correcto”: no hay que ser –dicen– imperialistas culturales. Así, muchos han acusado –y el propio Kennedy al iniciar su aventura también– al movimiento humanitario de no ser más que una manifestación más del neocolonialismo y la arrogancia cultural de Occidente.

¿Cómo se logró hacer del movimiento algo distinto del imperialismo, algo “neutral”? La solución fue integrar la preocupación por los derechos humanos en el ámbito propio de las distintas profesiones, una suerte de integración o apropiación moral, en la que todo profesional, sea el que sea, no deja de ser políticamente neutral por preocuparse por los derechos humanos. En efecto, Kennedy afirma que “*we must learn to embody our will to power, confess our politics to ourselves*” (p. 14), no tiene sentido negar que el humanitarismo internacional es un intento de dominar el mundo. Esto ha dado lugar a que las organizaciones internacionales no sólo sean “de derechos humanos”, sino también de “médicos”, “periodistas” o “abogados” por los derechos humanos. Claro, la contrapartida es que se vuelve imposible una crítica moral efectiva a los derechos humanos. Si ser humanitario es ser neutral, ¿significa eso que no podemos calificarlo como “bueno” o “peor” o “mejor”?

Finalmente, Kennedy dedica gran atención a la cuestión de los roles en el mundo del activismo. En su relación con los funcionarios de la dictadura uruguaya y con los prisioneros políticos, el autor y sus compañeros se vieron obligados a jugar en un resbaladizo y nebuloso terreno entre el profesionalismo y la autenticidad, entre ser directos, eficaces y estrictos por un lado, y no perder la sensibilidad natural y humana ante la injusticia, el terror y el sufrimiento humano por el otro. Al debatirse entre estos dos mundos, Kennedy descubre la tragedia del activismo humanitario, que desde una elegante oficina en el Empire State Building habla de “acercarse” a las víctimas, de “vivir con ellos” su dolor, de “ser locales”. ¿Cómo ser profesionales sin dejar de ser humanos? ¿Cómo tener corazón sin perder la eficacia? Al final, Kennedy confiesa que “*international human rights law reassured me that I could think of concrete moral outrages while remaining safely distant from them*” (p. 91). Se trata, finalmente, de saber asumir la responsabilidad personal por los propios actos, de agarrarse bien fuerte del sentido histórico, biográfico, de la lucha contra el mal. La experiencia le enseñó a Kennedy que el problema del mundo de los derechos humanos es que siga siendo noble y frío, valiente e hipócrita, cercano y terriblemente ajeno al mismo tiempo. La conclusión, de tinte nietzscheano, es que la clave es la narrativa, estética: sólo contando la historia se puede decir que en realidad *se hizo algo*: “*telling about a human rights mission and undertaking one are not as different as they sometimes seem. Both activities seem to transform the ambiguity and confusion of moments like ours with Ana into comprehensible narratives, whether triumphal or otherwise*” (p. 100).

El libro es incisivo por la sinceridad y cercanía de la historia, y sugerente por las reflexiones que insinúa y suscita. Quizá excesivamente personal y acelerada, la prosa a veces oculta el mensaje mejor de lo que lo presenta, sin complementarlo ni enriquecerlo con imágenes o recursos literarios más eficaces. No obstante, no deja de ser una lectura interesante y amena, sobre todo para los activistas de un humanitarismo internacional dinámico y autocrítico.

Pedro J. Izquierdo